

PEPE - HILLO

SUPLEMENTO DE TOROS DE "EL GRAN BVFON"

AÑO I

Madrid 9 de Febrero de 1913.

NUM. I

En el callejón.

Dibujo de Marín.



—Yo no sé cuál de las dos monas me hace andar peor. Si la que llevo dentro ó la de fuera.



he conocido al *Tato* y á *Lagartijo* el Grande en sus buenos tiempos, y presencié la alternativa de *Frascuelo*, del *Guerra*, de *Mazzantini*?... ¡Vamos, hombre! ¡Si ahora no hay toreros, y el peor de todos, el *Gallo*!

—Desengáñese usted, D. Matías. Usted es un solemne animal.

¡Repisto! D. Matías se iba sobre el *preopinante* y se lo quería tragar como una aceituna. Interventían los parroquianos, y la peluquería volvía á quedarse en calma. D. Matías se largaba sin afeitarse. Pero luego volvía; y ésta era la pena de los oficiales, porque D. Matías, fiel á sus principios, no dió jamás propina ni en el tiempo, fácil á la generosidad, de *Nochebuena*.

II

¡Treinta y cinco años de abonado constante á corridas de toros!

Don Matías era amigo de todos los aficionados, de todos los toreros, y hasta de todos los toros.

En los días laborables, como él decía, su despacho de la calle de Leganitos se veía habitualmente visitado por gentes de la afición.

—Don Matías, que necesito treinta duros y firmo sesenta y doy en prenda á la mujer y á los hijos, y hasta una hipoteca sobre el sepulcro de mi padre, y se lo devuelvo á usted antes de un mes, poniendo por testigos á las estrellas.

—Don Matías, vengan tres mil pesetas y ahí le queda á usted mi automóvil con el mecánico sentado.

—Don Matías, déme usted siete pesetas por este *palaxham*.

Matías tenía la norma de conceder siempre la tercera parte de lo que le pedían. Así es que había caballero que salía de allí con nueve céntimos.

Una tarde magna, por las puertas del despacho del usurero entró solo Rafael Gómez, el *Gallo*.

Matías se puso de pie como un galvanizado.

—Siéntese usted—dijo el torero—y escuche bien lo que voy á decirle.

Matías abrió los ojos como un estúpido.

—Necesito—siguió Rafael—ahora mismo cinco mil pesetas. Firmo ocho mil. Y las devolveré en una forma fácil y rápida que ahora acordaremos.

—¡Pero!...

Matías se había quedado imbécil.

—¡Pero!... ¿Y los amigos? ¿Nadie va á prestarle á usted cinco mil pesetas?

—A nadie quiero pedirselas. Me ha gustado á mí siempre la independencia para estas cosas de dinero.

—Bueno está.



El fin de un antigallista.

I

Don Matías era el tipo representativo de los hombres de su raza. Bajo la frente deprimida, los ojos oblicuos de ladrón. E resto de la fisonomía, sensual y borrosa.

Don Matías era usurero.

Estaba gordo; hacía las digestiones con dificultad, y era una mala bestia á todas horas. Después de la obsesión vergonzosa de guardarse el dinero ajeno, obsesión que era en él una segunda naturaleza, tenía la sugestión del odio al *Gallo*.

En el café, en la peluquería, en todas

partes donde se reunían sus conocidos, sabían muy bien la manera de despertar la cólera fermentada de aquella perfecta bestia.

—Don Matías—le gritaba un parroquiano al verle entrar—; ya sabrá usted que se forma una Sociedad de banqueros para fundar, con *Gallito* al frente, una fábrica de banderillas al quiebro.

—Pues se arruinará la fábrica—contestaba Matías—, porque ese maleta no sabe todavía lo que son garapullos.

—Hombre, eso no es justo. Del *Gallo* se podrá decir que, á ratos, tiene miedo; pero nadie, que no esté loco, puede llamarle maleta.

Matías perdía los estribos y empezaba á decir barbaridades.

—Ese *cañi* equivocó la carrera, porque na-

ció para sacudir los pinreles en un tablado en vez de sacudirlos delante del toro. Ese robasteras tiene más miedo que cuarenta beatas, y es incapaz de torear quieto, porque suda á chorros de pánico. Ese toreo que él ha inventado es el toreo del miedo. Y está por venir el día en que ese robasteras mate á un morucho sin que el terror le borre hasta la noción de la existencia.

—Usted no sabe lo que dice, D. Matías: usted no entiende de esto.

—Hombre, vaya usted á comer yerba. ¿Me va usted á enseñar á mí lo que son toros?—decía Matías con estupefacción.

—Naturalmente. ¿Como que usted no ha visto en los cien años de su vida ni seis corridas en los pueblos!

—¿Quién, yo; Matías López y López, que

Matías pensaba.

—¿Y cómo va usted á devolvérmelas?

—Ocho mil el domingo por la noche, que es lo que yo cobro por corrida—contestó el torero—. En esto no hay quiebra para usted; á mí no me va á coger un toro. ¿No se cansa usted de decir por ahí que no me arrimo, maestro? Vamos; vengan esas pesetillas antes de que se haga de noche.

Se extendió el documento. Y se hizo el negocio.

Matías quedó un poco atolondrado.

Aquella noche, en el café, á Matías le dolía aquello que tenía por cabeza, y por este

motivo no pudo contestar á las bromas de los que le tiraban de la lengua, como siempre, queriendo obligarle á hablar mal de su enemigo el gran torero.

III

Llegó el domingo. La corrida.

Matías ocupó su puesto con un leve atolondramiento que no pasó sin ser notado por sus vecinos.

—Vamos, D. Matías; ya viene usted dispuesto á darle lo suyo al pobre Rafael. ¿Qué es eso; está usted malo? Tiene usted color de puchero por dentro.

La corrida fué accidentada. De un aburrimento asesino.

Como que los toros eran de Miura; pelo colorao, ojo de perdiz, cuello de acordeón, escarben en los medios de la plaza, cortando el terreno en todos los tercios, que es lo mismo que cortar el bacalao en el redondel!... La enfermería era un panorama: tres picadores y medio, dos banderilleros, dos espadas, el puntillero, un alguacil, un naranjero, un mulillero y una señora con síntomas de alumbamiento.

Solamente el tío de la calva con su miedo ó su arte, que esto en el *Gallo* es cabalístico, iba venciendo la corrida.

—¡Arrímate, morral!

El *Gallo*, con razón, no se arrimaba.

Se trataba de un toro chorreao en verdugo, esparramando la vista, acostándose del lado de la muerte, de esos que ni la prodigiosa muleta del *Gallo* puede ahormar la cabeza.

Ello fué que empezó á tantearle con la izquierda, y el chorreao en verdugo, atrás como un cangrejo. Y el *Gallo*, queriendo consentirlo tanto se metió en el terreno del toro que el *cañi*, falto siempre de facultades, tuvo que salirse por una *espantá*.

Bronca en el 2.

Don Pío se agita. *Don Modesto* sonríe. *Barbadillo*, *López*, grita demás. *Marín* tiene una bronca con su vecino *Faustino Frutos*, defendiendo el dibujante al torero.

Sobre toda esta baraúnda resuena la voz del antigallista *D. Matías*:

—Pero ¿qué quieren; que se deje coger?

La bronca es monumental. Se oye decir:

—*Matatías*; á ti te ha *dao* dinero el *Gallo*.

El *cañi*, pálido y torero, aprovecha la bronca y el revuelo del capote de su hermano *Fernando* para atizar una de estas puñaladas que dejan una rúbrica de sangre en la arena, con la que firma el toro su testamento.

Y llegamos al último toro.

La tarde parecía de Animas.

El aburrimiento era digno de un entierro.

De repente, después de una *espantá* absurda, el *Gallo* dió un quiebro á cuerpo limpio que atontó á la gente. Siguiéron después unas filigranas geniales con el capote, que abría sus pliegues como una flor monstruosa. Verónicas, navarras, faroles, largas... todo supremamente ejecutado como ante un toro de mimbres.

Alardes de valor y de arte. El delirio. El público, enloquecido, y *D. Matías* cadavérico.

Después de un desplante artístico coreado, *Matías* no pudo contenerse:

—¡Basta; que lo va á matar!

Hubo un momento imponente, amenazador, como el que precede á una revolución. *Matías* sintió miedo.

—Pero ¿qué le pasa á ese tío? ¿Qué le ha dado á usted el *Gallo* esta semana para que le tenga usted ese cariño?

Matías no podía contenerse. Veía sus ocho mil pesetas destrozadas por una cornada y temblaba de avaricia.

Llegó la hora suprema.

Una faena monumental. Entre los cuernos. Un pase natural, otro de pecho. Otro en redondo.

Citó á recibir y dió una estocada hasta la mano que hizo polvo al animal.

Entre la imponente ovación, *Matías*, como un epiléptico, se lanzó tendido abajo, y abalanzándose sobre el *Gallo* lo izó sobre los hombros con el entusiasmo brutal de un idólatra.

Todo lo anterior, no me negarán ustedes

que le *va bien* á la psicología desconcertante del *Gallo*, y á la psicología sin dignidad de un usurero.

El Bufoncito chico.

La semana trágica, ó la locura de "The Kon Leche", ó ni Dios se entiende ni sabe una palabra de toros.

Eso lo digo yo, que me estreno sin alternativa ni *na*. Quien me la puede dar, me la concedió moralmente, y con ello basta y sobra, y vamos al toro.

¿Qué es eso de *Gallito*, el artista único? ¿Qué es eso de maltratarle llamándole *ma marracho*? ¿Adónde vamos á parar con eso del fracaso de *Bombita* con los miuras? ¿Qué quieren ustedes decir, mis buenos amigos, todos los críticos, ¡pero todos locos perdidos!, en cuanto hablan de toros, aunque ninguno entiende una palabra, dicho sea de paso, con eso de la semana trágica?

¡Por Dios, señores!

Hoy me presento á ustedes con mi traje viejo de *atorcar*, clásico, de banderillero legítimo; á lo *Juan Molina*, taleguilla morada con alamares negros, chaleco rojo y oro y el barbuquejo apretando la quijada. Y os digo:

—¡Qué malos *seis toos*!

Ricardo Torres, *Bombita*, no sólo no fracasó el día de los miuras, óiganlo bien los malos aficionados, sino que probó que era un torero inmenso, de vergüenza profesional desconocida hasta hoy. Antes de acudir á la estocada de recurso, á la media vuelta con que lo finiquitó reperfectísimamente el *Gallo*, quiso probar *Ricardo* á ahormar la cabeza, que estaba en las nubes, y entrarle por derecho, como debe hacer un torero que ocupa el puesto de *Bombita*. Pero ¿le dió tiempo ese público, que no va á ver toros, sino toreros cogidos, á estudiar lo que tenía delante para darle al bicho la lidia que merecía? No. Insultos, imprecaciones de cobardes á ese hombre que tiene el cuerpo cosido de heridas, recibidas muchas de ellas con el chaleco forrado de millones, olvidando que el día anterior había realizado *Ricardo*, para mí, una de las faenas más fenomenales de la temporada pasada con el primer toro de *Vicente Martínez*, toroado y muerto superiormente en los tercios del 8.

Le llamaron cobarde estos malos aficionados; naranjazos, camino de la enfermería. Esos serían, sin duda, los mismos que gritan al *Gallo* sus *espantadas*.

¿Qué tienen que ver las *espantadas* del *Gallo* y que un toro sea difícil para llamar cobarde á un torero?

¡Cobardes, y visten un traje de luces! Y vamos al decir, que no lo vestirá *Ricardo* por hambre ni por desmesuradas ambiciones. *Ricardo* viste el traje de luces por amor á su arte, como lo vistió el coloso *Guerrita* en aquellas tardes amargas en que tenía que

sufrir imprecaciones y naranjazos de los aficionados que nos gastamos por acá, cuya raza no lleva camino de extinguirse, gracias al descanso dominical con que á Dios le plugo servirnos.

1 del 2.

(Se continuará.)

Averiguador taurino.

¿De qué color era el traje que vistió *Lagartijo* el Grande el primer día que puso el primer par de banderillas al primer toro que le echaron berrando en negro?

¿De qué ganadería era el primer toro que picó por primera vez *Calderón*, y de qué lado fué la caída?

¿Hacia sol el día anterior á la corrida en que tomó la alternativa el rey del volapié *Mazzantini*?

¿Por qué llevan sombrero de copa los presidentes de las corridas en Madrid?

¿Cuántas piezas y remiendos le han echado á la barrera de la Plaza de la carretera de Aragón?

Profecías.

Profecías, no de *Madame de Tebas*, sino de *Monsieur Pepe-Hillo*.

Bombita va á estar este año hecho un gran matador: más en el primer abono que en el segundo.

El día de su debut se va á llevar á su casa cuatro orejas: las dos suyas y dos más que le van á dar.

Gallito matará, fijarse bien, matará dos ó tres toros superiormente. Torearlos, todos de *buten*.

Gallito chico pinchará pescuero y delantero; de lo otro está enterado, y nos divertirá. ¡Pero de él á *Rafael*!, habrá un abismo.

Regaterín nos colocará los volapiés clásicos.

Vicente, ¡oh, mi gran *Vicente*!, el hombre de los seis toros. Siempre quedarás bien matando y toreando de muleta, sonreirás y seguirás tan espantosamente guapo.

Paco Madrid: en tu nombre veo algo negro: ó una oreja ó tres avisos.

Cochero de Bilbao juntará los pies después que ha pasado la cabeza del toro, y lucirá su desgargo, si no con descontento con indiferencia del abono.

Esto es cuanto tiene que profetizar, por hoy, *Monsieur Pepe-Hillo*.

El número próximo de *Pepe-Hillo* publicará apuntes del natural, dibujos de la novillada por *Ricardo Marín*, con artículo de *Don Modesto*, y otros originales, con su *Averiguador taurino*, *Profecías*, etc., etc.

